

CAPÍTULO 36

Todo lo que no consiguieron en la vida, todo lo que no les fue dado, lo cargaron mis padres sobre mis espaldas. En el año 1950, al declinar el día en que se conocieron por casualidad en las escaleras del edificio Terra Sancta, Jana y Mijael se volvieron a encontrar (en la novela *Mi querido Mijael*) en el café Atara de la calle Ben Yehuda, en Jerusalem. Jana anima al desconcertado Mijael a hablar de sí mismo, pero él le habla de su padre viudo:

[Él] alimentaba grandes esperanzas, no estaba dispuesto a reconocer que su hijo era un chico del montón. Por ejemplo, solía leer con veneración los ejercicios que hacía Mijael para los cursos de geología, y alabarlos siempre con las mismas palabras: «Es un trabajo científico, un trabajo muy riguroso». El deseo de su padre era que Mijael fuese catedrático en Jerusalem, ya que su difunto abuelo, el padre de su padre, había sido profesor de ciencias naturales en la escuela hebrea de magisterio de Grodno. Un célebre profesor. Estaría bien, pensaba el padre de Mijael, que la cadena generacional continuase. Yo dije [cuenta Jana]:

–Una familia no es una carrera de relevos y una profesión no es una antorcha.

–Pero no puedo decirle eso a mi padre –dijo Mijael–, es una persona sensible y utiliza las expresiones hebreas como antes se usaban las delicadas y valiosas vajillas...⁸²

Durante muchos años mi padre no perdió la esperanza de que, con el tiempo, recayera sobre sus hombros la toga del tío Yosef, que tal vez lograra dejarme en herencia llegado el momento, si seguía los pasos de la familia y también yo me convertía en un estudioso. Y si esa toga se le escapaba por culpa de las tiránicas preocupaciones económicas, que le ataban cada día a un estéril trabajo de oficina que sólo le dejaba para sus investigaciones la mitad de la noche, tal vez su único hijo lo lograra.

Mi madre, eso creo, quería que creciera y expresara en su lugar todo aquello que ella no había podido expresar.

⁸² N. del A.: *Mi querido Mijael*, Am Oved, Tel Aviv 1968, Keter, Jerusalem 1990, pág. 9.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

Durante los años siguientes me recordaban constantemente, con una sonrisa mezclada con una oculta satisfacción me recordaban, en presencia de sus invitados me recordaban, delante de los Zarhi, los Rodnitzky, los Hanani, los Bar Yitzhar y los Abramsky me recordaban que, cuando tenía sólo cinco años, a las dos o tres semanas de aprender las letras, escribí detrás de una ficha de mi padre «Amos Klausner, escritor», y la clavé con una chincheta en la puerta de mi cuarto.

Ya antes de aprender a leer aprendí cómo se hacían los libros: entraba de puntillas y espiaba por detrás a mi padre inclinado sobre su escritorio, con los hombros caídos, la cabeza cansada como flotando en el círculo de luz amarillenta que salía de la lámpara, abriéndose paso, despacio y con esfuerzo, por los sinuosos wadis que serpenteaban en medio del escritorio, entre dos colinas de libros amontonados delante de él, recopilando, reuniendo, examinando a contraluz, analizando, anotando y copiando, en pequeñas fichas, detalles de todo tipo de enormes libros que estaban abiertos y apilados frente a él, y escribía e insertaba con cuidado y de forma responsable cada detalle en el sitio justo, como engarzando piedras preciosas para hacer un collar.

De hecho, también yo trabajo más o menos como él. Trabajo como un relojero o un joyero de otros tiempos: un ojo cerrado, el otro ojo metido en una lente de relojero semejante a una torre, unas pinzas finas en los dedos; encima de la mesa, delante de mí, no hay fichas, sino un puñado de pedazos de papel donde he anotado diversas palabras, verbos, adjetivos y adverbios, y también montones y montones de frases inacabadas, y retazos de expresiones, esbozos de descripciones y todo tipo de experimentos de combinaciones de palabras. De vez en cuando, tomo cuidadosamente con las pinzas una de esas partículas, minúscula molécula de un texto, la levanto y la examino bien a contraluz, la doy la vuelta, me inclino, limo y pulo un poco, y vuelvo a levantarla y vuelvo a analizarla a contraluz, pulo de nuevo una finísima arruga y me inclino e inserto con cuidado la palabra o la expresión en el lugar que le corresponde en el entramado. Y espero. Lo miro desde arriba, desde un lado, con la cabeza algo inclinada, del derecho y del revés. Aún no estoy del todo satisfecho, vuelvo a sacar la partícula que acabo de insertar e intento poner otra en su lugar, o ubicar la palabra anterior en otro hueco de la misma frase, y la saco y raspo un poco más, e intento fijar de nuevo la palabra que había elegido, ¿tal vez en otro ángulo? ¿En un contexto ligeramente distinto? ¿Tal vez al final de la frase? ¿O al principio de la frase siguiente? ¿O no sería mejor subdividir y hacer una frase independiente de una sola palabra?

Me levanto. Doy vueltas por la habitación. Vuelvo a la mesa. Me concentro en eso otro rato, borro toda la frase o arranco, arrugo y rompo la hoja en trocitos. Me desespero. Me maldigo en voz alta y maldigo la escritura y la lengua, y sin embargo comienzo de nuevo a componerlo todo.

Escribir una novela, dije en una ocasión, es como construir con un mecano todas las cadenas montañosas de Europa. O como hacer París entero, con sus edificios, sus plazas, sus bulevares, sus torres y arrabales, hasta el último banco de la calle, con fósforos.

Para escribir una novela de ochenta mil palabras debo tomar algo así como un cuarto de millón de decisiones: no sólo decisiones sobre el boceto de la trama, quién vivirá y quién morirá, quién amará y quién traicionará, quién se hará rico o se volverá loco, cuáles serán los nombres de los personajes, cómo serán sus caras y cuáles sus costumbres y ocupaciones, cómo dividirla en capítulos, cuál será el título del libro (ésas son las decisiones sencillas, las decisiones más burdas); y no sólo cuándo contar y cuándo silenciar, qué va antes y qué va después, qué revelar al detalle y qué sólo con alusiones (también éstas son decisiones bastante burdas), sobre todo se deben tomar miles de decisiones sutiles, como, por ejemplo, si poner ahí, en la tercera frase hacia el final del párrafo, azul o azulado. O celeste. O celeste oscuro. O tal vez azul ceniza. ¿Y poner ese azul ceniza al comienzo de la frase? ¿O mejor que estalle al final de la frase? ¿O en medio? ¿O que sea una frase breve independiente, un punto delante, un punto y una nueva línea detrás? ¿O no? ¿O es mejor que ese azul se sumerja en la arrastradora corriente de una frase compuesta y tortuosa, con muchos miembros y abundantes subordinaciones? O tal vez lo mejor sería escribir sencillamente cuatro palabras, «luz de la tarde», y no teñir esa luz de la tarde de ningún gris azulado ni ningún celeste polvoriento.

Desde mi más tierna infancia fui, de hecho, víctima de un profundo y sistemático lavado de cerebro: el santuario de libros del tío Yosef en Talpiot, los grilletes de libros de mi padre en el piso de Kerem Abraham, el refugio de libros de mi madre, los poemas del abuelo Alexander, la serie de novelas que escribió nuestro vecino, el señor Zarhi, las fichas y los juegos de palabras de mi padre, y también los abrazos aromáticos de Saúl Tchernijovsky y las uvas pasas del señor Agnón, que proyectaba a su alrededor muchas sombras a la vez.

Pero la verdad es que, de forma encubierta, yo renegaba totalmente de aquella ficha que había clavado en la puerta con una chinche: durante varios años no dejé de soñar en secreto que algún día abandonarían todos aquellos laberintos de libros y me haría bombero: el fuego y el agua, el uniforme, el heroísmo y el reluciente casco plateado, el sonido de la sirena, la admiración de las chicas y el fulgor de las luces de emergencia, la confusión en la calle, el movimiento alegre y rápido del coche de bomberos rojo que, como la hoja de una espada, corta el mundo en dos, mientras la trágica sirena atemoriza a todos, y se abre paso ululando entre el tumulto, dejando tras de sí una estela de piernas paralizadas y sangre helada.

Y también las escaleras y las mangueras desplegándose y tensándose hasta el límite. Y la imagen de las llamas que centellea como sangre derramada al reflejarse en la superficie metálica de los rojos carros de fuego. Y al final –el punto culminante– la chica o la mujer desmayada llevada en los brazos de su impávido salvador: momentos de peligro, la piel, las pestañas y el pelo quemados, el infierno del humo asfixiante. E inmediatamente después, la gloria, ríos de amor lacrimoso de mujeres mareadas que se derriten por ti de admiración y agradecimiento, y sobre todo la más guapa de todas, aquella a la que con tu coraje y tus brazos salvaste de las llamas.

¿Pero quién era aquella a quien en mi imaginación, durante casi toda mi infancia, salvaba siempre de un horno de fuego y, a cambio, conseguía su amor? Tal vez no haya que hacer así la pregunta, sino así: ¿qué espantosa e increíble predicción le advertía a aquel corazón, al corazón arrogante de un niño loco y visionario, sin revelárselo del todo, a través tan sólo de señales que no permitían descifrar a tiempo la velada alusión de aquello que le ocurriría una noche de invierno a su madre?

Pues ya con cinco años me veía siempre a mí mismo como un bombero extremadamente valiente, como un bombero imparable, engalanado con uniforme y casco, saltando, solo y decidido, al corazón de las llamas descontroladas, arriesgando la vida, rescatándola, desmayada, del fuego (mientras su débil y discursivo padre permanecía inmóvil, aturdido y sin salvación, mirando el fuego con terror).

Y así, encarnando la esencia de la virilidad templada a fuego del nuevo hombre hebreo (tal y como lo describía su padre), se lanza y le salva la vida, y al

salvarle la vida arranca a su madre para siempre del dominio de su padre y extiende sus alas sobre ella.

¿Pero con qué oscuros hilos pude tejer aquella fantasía edípica que no se apartó de mí durante varios años? ¿Puede que, como un lejano olor a humo, aquella mujer, Irina, Ira, penetrara en mi fantasía de bombero salvador? ¿Ira Steletzkaia? ¿La mujer del ingeniero de Rovno que se la jugaba cada noche a las cartas? ¿La pobre Ira Steletzkaia que se enamoró de Antón, el hijo del cochero, perdió a sus hijos, y un día tomó una lata de gasolina y se prendió fuego en la cabaña de él, que estaba cubierta de tela asfáltica? Pero todo eso ¿no había ocurrido unos quince años antes de que yo naciera? ¿Y en un país que jamás había visto? ¿Y mi madre estaría tan loca como para contarle algo tan espantoso a un niño de cuatro o cinco años?

Cuando mi padre no estaba en casa, mientras yo limpiaba lentejas junto a la mesa de la cocina y ella lavaba las verduras, exprimía naranjas o hacía unas albóndigas sobre la mesada, mi madre me contaba, dándome la espalda, extrañas historias, a veces aterradoras. Tal vez fuese igual que yo el pequeño Peer, el hijo huérfano de Jon, el nieto de Rasmus Gynt, que se pasaba largas tardes con su pobre madre viuda, Aase, solos en su cabaña de montaña durante las noches de viento y nieve, asimilando y absorbiendo sus historias místicas, casi locas, sobre el palacio Soria Moria más allá del fiordo, el rapto de la novia, los trolls en el reino de la montaña y diablas verdes, sobre el fundidor de botones, espíritus y Boyeg el Terrible⁸³.

La cocina era estrecha y baja como una celda, el suelo estaba hundido y las paredes negras a causa de los quemadores y el infiernillo. Junto a las hornallas teníamos dos cajas de fósforos: una de fósforos nuevos y otra para los fósforos usados, que, para ahorrar, usábamos para encender un fuego con otro o el infiernillo.

Eran extrañas las historias de mi madre, aterradoras pero, al mismo tiempo, cautivadoras, pobladas de cuevas y torres, de pueblos abandonados y puentes mutilados, partidos por la mitad sobre un precipicio. Sus historias no se parecían a las que se contaban por aquellos días en otras casas. No se parecían a las historias de

⁸³ Alusión al poema dramático de Henrik Ibsen, *Peer Gynt* (1867).

los demás adultos. No se parecían a las historias que yo les contaba a mis hijos ni a las que les cuento ahora a mis nietos. Las historias de mi madre se movían en círculo y estaban como cubiertas de niebla: no comenzaban por el principio y no terminaban bien, sino que oscilaban en el ocaso, giraban alrededor de sí mismas, irrumpían por un instante de entre la niebla, maravillaban, estremecían y volvían a ser engullidas por la oscuridad antes de que pudieras ver lo que pasaba ante tus ojos. Así era la historia de mi madre sobre el distinguido anciano Alleluyev, así era su historia sobre Tanitzka y sus tres maridos herreros, los hermanos que se mataron entre sí, así era su historia sobre el oso que adoptó a un niño muerto, sobre el diablo de las cuevas que se enamoró de la mujer del guardabosque, sobre el espíritu de Nikita, el carretero, que volvió de entre los muertos para hechizar y conquistar a la hija del asesino.

Sus historias estaban siempre llenas de moras y bayas silvestres, de fresones y grosellas, de trufas, setas y cardos. Sin pensar en mi corta edad, mi madre me conducía a lugares casi nunca pisados por un niño y por el camino me abría un gran abanico de palabras, era como si me tomara en brazos, me elevara cada vez más arriba y me mostrara vertiginosas alturas de palabras: sus campos estaban repletos de sol o regados de rocío, el bosque era una selva o un bosque frondoso, los árboles del bosque eran altos, las praderas se volvían verdes, el monte, un monte antiguo, se elevaba, los palacios y fortalezas se extendían, los torreones se alzaban, las llanuras se adormilaban en su madriguera, los valles se llamaban vegas y por las vegas corrían constantemente ríos y arroyos, fuentes caudalosas y albercas.

Mi madre llevaba una vida solitaria, casi siempre estaba encerrada en casa. Aparte de sus amigas Liliénka, Esterika y Fania Weissman, que habían coincidido con ella en el instituto Tarbut de Rovno, mi madre no encontró en Jerusalem ninguna razón de ser: los lugares santos y los famosos enclaves antiguos no le gustaban. Las sinagogas, las escuelas rabínicas, las iglesias, los monasterios y las mezquitas le parecían lugares casi idénticos, malolientes, con ese agrio olor corporal de hombres fanáticos que se lavan muy de vez en cuando. Hasta bajo una espesa nube de incienso, su sensible nariz captaba con repulsión los efluvios de los cuerpos sin lavar.

Mi padre tampoco sentía ningún afecto por la religión: los sacerdotes de todas las confesiones le parecían algo dudosos, ignorantes, instigadores de antiguos odios, propagadores del miedo, falsificadores de sermones engañosos y derramadores de lágrimas de cocodrilo, mercaderes de falsos objetos sagrados, de aparentes antigüedades, de todo tipo de creencias banales y prejuicios. De alguna manera todos los «hombres santos» que vivían de la religión le hacían sospechar de toda clase de engañosas maquinaciones. Solía citar con satisfacción a Heinrich Heine, que afirmó que tanto el rabino como el cura huelen mal (según la versión suavizada de mi padre: «¡Ninguno de ellos huele bien! ¡Y por supuesto tampoco el gran muftí musulmán Haj Amin⁸⁴, el amigo de los nazis!). Por el contrario, mi padre creía algunas veces en la vaga providencia de un «príncipe de la nación» o un «protector de Israel», en los prodigios del «genio creativo judío», y por tanto puso sus esperanzas en la fuerza de salvación y resurrección contenida en el arte: «...Sacerdotes de la belleza y el pincel», citaba extasiado unos versos de Tchernijovsky, «sacerdotes de la belleza y el pincel,/ misterios de gracia y versos de poesía/ salvarán al mundo con canto y melodía». Pensaba que los artistas son mejores que el resto de las personas, más agudos y honestos, y libres de toda mancha. El hecho de que algunos de ellos, a pesar de todo, pudieran seguir a Stalin, e incluso a Hitler, era algo que lo turbaba y entristecía. Muchas veces discutía consigo mismo sobre ese asunto: los artistas que se dejaban seducir por los tiranos, y se ponían al servicio de la opresión y del mal, ya no eran dignos, para él, de ser llamados «sacerdotes de la belleza». A veces intentaba encontrar una explicación: Satanás, como en *Fausto*, había comprado su alma.

El entusiasmo sionista de los constructores de los nuevos barrios, de los redentores de la tierra y los peones camineros provocaba en mi padre una ligera embriaguez, pero a mi madre no la impresionaba. Normalmente dejaba el periódico después de echar un vistazo a los titulares. Consideraba a la política sólo una desgracia. Los cotilleos la aburrían. Cuando teníamos invitados, cuando íbamos a tomar un té a casa del tío Yosef y la tía Tzipora en Talpiot, a casa de los Zarhi, de los Abramsky, de los Rodnitzky, del señor Agnón, de los Hanani, o de Hana y Hayyim Toren, mi madre participaba poco en la conversación. De hecho, su presencia provocaba que los hombres hablasen y hablasen enérgicamente mientras ella

⁸⁴ **Muhammad Amin al-Husayni** (Jerusalem, ca. 1895 - Beirut, 4 de julio de 1974) fue un líder nacionalista árabe palestino y un líder religioso musulmán en su calidad de gran muftí de Jerusalem. Antisemita militante, encabezó numerosos pogroms contra los judíos durante el Mandato Británico de Palestina, además de convertirse en el principal aliado islámico del Tercer Reich durante la Segunda Guerra Mundial.

permanecía callada y observándolos con una ligera sonrisa, como intentando descifrar durante sus discusiones por qué el señor Zarhi sostenía precisamente esa opinión y el señor Hanani precisamente la contraria. ¿Habría cambiado en algo la discusión si de repente el señor Zarhi y el señor Hanani hubiesen intercambiado sus posturas, si cada uno hubiese decidido defender la opinión del otro y rebatir con energía su opinión anterior?

Las ropas, los objetos, los peinados y los muebles interesaban a mi madre sólo como ventanillas a través de las cuales atisbar el interior de las personas: en todas las casas a las que entrábamos, e incluso en las salas de espera de las oficinas, mi madre se sentaba siempre erguida y con las piernas estiradas en un rincón de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho como una alumna obediente de un antiguo internado para chicas de la nobleza, y observaba atentamente, sin precipitación, las cortinas, la tapicería, los cuadros de la pared, los libros, el mobiliario, los adornos de los estantes; como un detective a la busca de indicios cuya combinación podría cerrar el caso.

Los secretos de los demás la estimulaban y cautivaban, pero no por cotilleo – quién desea a quién, quién sale con quién, quién se ha comprado tal cosa– sino como si se dedicara sin descanso a encajar con precisión las teselas de un complicado mosaico, o a resolver un puzzle de muchas piezas. Escuchaba con atención las conversaciones pero, al mismo tiempo, mientras una sutil y benevolente sonrisa se dibujaba involuntariamente en sus labios, se pasaba todo el rato observando a quien estaba hablando, mirándole los labios, el movimiento de las arrugas en su cara, lo que hacían sus manos, lo que decía su cuerpo y lo que intentaba ocultar, adónde se dirigían sus ojos, cuándo cambiaba ligeramente de posición en la silla y si sus pies estaban tranquilos o nerviosos dentro de los zapatos. Participaba poco en la conversación, y sólo de vez en cuando. Pero cuando salía de su mutismo y decía una frase o dos, normalmente, tras las palabras de mi madre, la conversación no volvía a ser igual que antes.

O tal vez fuese algo distinto: en las conversaciones de aquella época las mujeres tenían casi siempre el papel de público. Si una mujer de repente decía una frase o dos, causaba un cierto estupor.

Mi madre daba algunas clases particulares. Muy de vez en cuando iba a una conferencia en Har Hatzofim o a una lectura en el Bet Haam. Permanecía casi todo

el tiempo en casa. No se sentaba, trabajaba duramente, en silencio y con eficacia. Nunca la oí canturrear o refunfuñar mientras hacía las tareas domésticas. Cocinaba, hacía pan, lavaba la ropa, organizaba las compras racionalmente, planchaba, limpiaba, ordenaba, doblaba, fregaba, cortaba y hervía. Pero cuando la casa estaba realmente ordenada, cuando en la cocina todos los cacharros estaban fregados y la ropa doblada y colocada en ángulo recto sobre los estantes de los armarios, entonces mi madre se acurrucaba en su rincón y leía.

Relajada, respirando despacio y suavemente, se sentaba en el sofá y leía. Metía los pies descalzos debajo de las piernas y leía. Se inclinaba hacia el libro que tenía sobre las rodillas y leía. La espalda encorvada, el cuello inclinado, los hombros caídos, con todo su cuerpo semejante a una media luna, y leía. La cara cubierta a medias por la cortina de pelo negro que caía sobre la página, y leía.

Leía por las tardes, cuando yo estaba jugando en el patio y mi padre sentado a su mesa escribiendo sus artículos en fichas repletas, y leía también después de cenar y fregar los cacharros, y leía cuando mi padre y yo nos sentábamos juntos a su escritorio, mi cabeza inclinada rozando su hombro, y clasificábamos estampillas y las pegábamos en el álbum según indicaba el catálogo, y leía también cuando yo me había ido a dormir y mi padre volvía a rellenar sus fichas, y leía cuando las persianas estaban bajas y el sofá dejaba al descubierto la cama de matrimonio oculta en él, y seguía leyendo cuando la luz del techo ya estaba apagada y mi padre ya se había quitado las gafas, le había dado la espalda y dormía con el sueño tranquilo de quienes están seguros de que pronto todo irá bien, y seguía leyendo: tenía un insomnio cada vez más acuciante, y en su último año de vida varios médicos creyeron conveniente recetarle pastillas más fuertes y todo tipo de brebajes y pócimas para dormir; también le recomendaron dos semanas de reposo absoluto en un centro de Safed o en una residencia del Servicio Sanitario en Arza, cerca de Motza.

Por eso, mi padre pidió prestadas unas liras a sus padres, se responsabilizó de cuidar solo del niño y la casa, y mi madre se fue sola a descansar a una residencia de Arza. Pero tampoco allí dejó de leer, todo lo contrario, leía casi día y noche. Pasaba toda la mañana sentada en una hamaca en el pinar, en la falda del monte, leyendo; por la tarde, leía en la terraza iluminada, mientras otros huéspedes bailaban, jugaban a las cartas o participaban en todo tipo de actividades. Y por las noches, bajaba a la pequeña sala que estaba junto a la oficina, se sentaba en una esquina del banco y leía

en silencio durante casi toda la noche para no turbar el sueño de su compañera de cuarto: leía a Maupassant y a Chejov, leía a Tolstoy, Gnessin, Balzac, Flaubert, Dickens, Samito, Thomas Mann, Iwaszkiewicz, Knut Hamsun, Kleist, Moravia, Hermann Hesse, Mauriac, Agnón y Turgueniev, y también a Somerset Maugham, Stephen Zweig y André Malraux, apenas alzó la vista de los libros durante todos sus días de reposo. Y cuando volvió a casa, a Jerusalem, parecía cansada, estaba pálida, tenía manchas oscuras debajo de los ojos, como si hubiese estado de juerga todas las noches. Cuando mi padre y yo le pedimos que nos contara qué tal lo había pasado durante las vacaciones, sonrió y nos contestó: «No he pensado en eso».

Una vez, cuando tenía siete u ocho años, mientras íbamos sentados en la penúltima fila del autobús, de camino a la clínica o a una zapatería infantil, mi madre me dijo que es cierto que los libros pueden cambiar con los años igual que la personas cambian con el tiempo, pero que la diferencia está en que casi todas las personas al final te abandonan a tu suerte, cuando llega un día en que no obtienen de ti ningún provecho o ningún placer o ningún interés o al menos algún buen sentimiento, mientras que los libros jamás te abandonan. Tú los abandonas a ellos a veces, y a algunos incluso los abandonas durante muchos años, o para siempre. Pero ellos, los libros, aunque los hayas traicionado, jamás te dan la espalda: en completo silencio y con humildad, te esperan en la biblioteca. Te esperan incluso decenas de años. No se quejan. Hasta que una noche, cuando de pronto necesitas uno, aunque sea a las tres de la madrugada, aunque sea un libro que has rechazado y casi has borrado de tu mente durante muchos años, no te decepciona y baja del estante para estar contigo en ese duro momento. No pasa factura, no inventa excusas, no se pregunta si le conviene, si te lo mereces y si aún tienes algo que ver con él, sencillamente acude de inmediato cuando se lo pides. Jamás te traiciona.

Cuando le llegaba a Blume la hora de estudiar, su padre la hacía sentarse a su lado y leía libros con ella. Hayyim Nacht decía: Ya sé, hija mía, que no te dejo en herencia riquezas ni bienes, pero te enseño a leer libros.

Cuando el mundo de una persona es oscuro, lee un libro y ve otro mundo. A Blume le resultaba fácil aprender. Aun antes de conocer perfectamente las letras ya conseguía leer cuentos, relatos y dramas⁸⁵.

¿Cómo se titulaba el primer libro que leí yo solo? Es decir, mi padre me lo leyó muchas veces antes de dormir, hasta que al parecer me lo aprendí de memoria, palabra por palabra, y una vez que mi padre no pudo contármelo, me llevé el libro a la cama y lo recité entero, desde la primera hasta la última palabra, haciendo que leía, imitando a mi padre, pasando la página justo entre esas dos palabras entre las que mi padre pasaba la página todas las noches.

Al día siguiente le pedí a mi padre que acompañara la lectura con el dedo, y seguí atentamente el recorrido de su dedo mientras leía, y así cinco o seis veces, hasta que al cabo de unos días ya sabía identificar cada palabra por su forma y por el lugar que ocupaba en la frase (igual que se distinguen los dibujos de las fichas de dominó aunque se cambien de orden).

Y entonces llegó el momento de dejarlos perplejos: un día, un sábado por la mañana, aparecí en la cocina en pijama y, sin decir nada, abrí el libro encima de la mesa en medio de los dos, mi dedo iba señalándome una palabra tras otra y yo las recordaba y las identificaba, e iba pronunciando cada palabra en el momento que el dedo la tocaba. Mis padres, ebrios de orgullo, cayeron en la trampa sin poder imaginarse el calibre del engaño, estaban completamente convencidos de que el niño especial había conseguido aprender a leer él solo.

Y realmente aprendí solo: descubrí, por ejemplo, que en la palabra *bvd*, oso, se ve (de derecha a izquierda) una estaca, un clavo y una cueva. *Svs*, caballo, tiene dos alforjas repletas colgadas a ambos lados de la silla. *Ng*, jardín, es un hombre que se ha ido de paseo junto a un muro que le bloquea el paso; *otk*, mancha, es una fila de jaulas, dos abiertas y la última cerrada. Así conseguí leer líneas y hasta páginas completas.

⁸⁵ N. del A.: S. Y. Agnón, *Una historia sencilla*, en *Sobre los picaportes*, el tercer volumen de las obras completas de Shmuel Yosef Agnón, Schocken, Jerusalem y Tel Aviv 1960, pág. 71.

Al cabo de dos o tres semanas empecé a familiarizarme con las letras propiamente dichas: la letra l de la palabra lgd, bandera, parecía una bandera ondeando al final de la palabra. La letra w era un tridente que se podía tocar, un tridente que aparecía siempre justo en medio de la palabra Nvwlq, tridente. aba, papá, y ama, mamá, se parecían en casi todo, sólo que papá tenía en medio una gran puerta, como dos brazos tendidos para abrazarme, mientras que mamá tenía en medio una especie de perrito sin cola sentado educadamente y esperando.

El primer libro que recuerdo, quizás desde que estaba en la cuna, era un cuento ilustrado sobre un oso grande, gordo y muy contento consigo mismo, un oso vago y dormilón, un oso que se parecía un poco a nuestro señor Abramsky, un oso al que le gustaba muchísimo chupar miel sin permiso. Y no sólo chuparla, sino devorarla sin tino. El libro tenía un final triste y un final muy triste, y sólo después del final triste y del muy triste llegaba por fin el final feliz: al oso dormilón y vago lo picaban montones de abejas furiosas y, como si no bastara con eso, era castigado con un terrible dolor de muelas, su mejilla en el dibujo estaba hinchada como una pequeña colina y alrededor de su pobre cara, que rompía mi pequeño corazón, le habían puesto una venda blanca que terminaba en un gran nudo encima de la cabeza de ese oso insaciable, justo entre las orejas. La moraleja estaba escrita en grandes letras rojas:

¡NO ES BUENO COMER MUCHA MIEL!

En el mundo de mi padre no ocurría ninguna desgracia que al final no tuviese arreglo: ¿los judíos han sufrido en la diáspora? Pronto se creará el Estado judío y todo mejorará. ¿El sacapuntas se ha perdido? Mañana compraremos uno nuevo, mucho mejor que el otro. ¿Hoy me duele un poco la panza? Para tu boda se te habrá pasado. ¿Y el oso picoteado, afligido, el oso cuyos ojos parecen tan desventurados que hasta mis ojos se llenan de lágrimas? Pero renace en la otra página y vuelve a estar sano y feliz, y desde ahora será ejemplar porque ha aprendido la lección: con las abejas, por ejemplo, el oso ha firmado un tratado de paz ventajoso para ambas partes, en él hay una cláusula que le otorga una cuota fija de miel, una cuota prudente y mesurada, pero para la eternidad.

Por tanto, en el último dibujo se veía al oso, feliz y contento, haciéndose una casa, como si después de sus desenfadadas aventuras también él hubiese decidido

aburguesarse un poco, unirse al final a la clase media. En el último dibujo del libro el oso se parecía un poco a mi padre cuando estaba de buen humor: parecía que, de un momento a otro, ese oso apaciguado nos iba a recitar un verso o un juego de palabras llamado calambur, o a llamarme («¡en broma!») Su Alteza.

Y, de hecho, todo eso estaba escrito allí, en una única línea en la última página, tal vez la primera línea que leí en mi vida no por las formas de las palabras sino letra por letra, como es debido, y desde entonces cada letra ya no es un dibujo sino un sonido único y especial:

¡EL OSO DUBI ESTÁ MUY CONTENTO! ¡EL OSO DUBI ES TODO ALEGRÍA!

Sin embargo, al cabo de una semana o dos, la alegría se convirtió en bulimia: a pesar de sus esfuerzos, mis padres no consiguieron apartarme de los libros. De la mañana a la tarde e incluso más.

Fueron ellos quienes me apremiaron a aprender a leer, no yo, ellos eran el aprendiz de brujo; yo era el agua que no se puede detener, como las aguas que cubren el mar. Yo era el golem de Praga a quien nadie puede arrebatarse la nota que le pusieron debajo de la lengua: Por favor, ve a verlo, tu hijo vuelve a estar sentado medio desnudo en medio del pasillo leyendo. El niño está escondido debajo de la mesa leyendo. Ese niño loco ha vuelto a encerrarse en el cuarto de baño y está sentado en la taza del inodoro leyendo, si es que no se ha metido en la bañera y se ha ahogado con su libro. El niño sólo se hace el dormido, está esperando a que lo deje solo y al rato, cuando me haya ido, encenderá la luz sin permiso, y ahora debe de estar sentado con la espalda contra la puerta para que ni tú ni yo podamos entrar, y adivina lo que está haciendo. Este niño ya lee fluidamente incluso sin vocales. ¿De verdad quieres saberlo? Pues mira: ahora el niño pretende sentarse ahí a esperar a que yo acabe parte del periódico. Desde ahora tenemos en casa otro evidente lector de periódicos. Este niño no se levanta el sábado en todo el día de la cama, excepto para ir al baño. Y también allí se lleva el libro. De la mañana a la tarde está tumbado devorándolo todo, sin criterio alguno, relatos de Asher Barash y Schofmann, una novela de Pearl Buck sobre China, un libro de tradiciones judías, los viajes de Marco Polo, las aventuras de Magallanes y De Gama, una guía para ancianos con gripe, el boletín vecinal de Bet Hakerem, los reyes de la casa de David, el diario de los acontecimientos de 1929, fascículos de los asentamientos agrícolas, números de

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

*Davar Hapoelet*⁸⁶, pronto empezará a comerse las tapas y a beberse la tinta. Tenemos la obligación de intervenir. Debemos poner fin a esto: realmente está empezando a ser bastante extraño e incluso algo preocupante.

⁸⁶ Un periódico para mujeres trabajadoras.

CAPÍTULO 37

En el edificio del final de la calle Zacarías había cuatro casas. La casa del matrimonio Najlieli estaba en el segundo piso, en la parte de atrás del edificio. Las ventanas daban a un patio abandonado, en parte pavimentado y en parte cubierto por toda clase de hierbajos que crecían allí cada invierno y que, con los primeros calores del verano, se convertían en una maraña de cardos. En ese patio también había tendederos con las cuerdas aflojadas, cubos de basura, huellas de hogueras, un baúl viejo, un cobertizo de uralita⁸⁷, restos de una cabaña de la fiesta de Sukot y una tapia con flores azules de una pasionaria trepadora.

En la casa había una cocina, un baño, un pasillo de entrada, dos habitaciones y ocho o nueve gatos. Por las tardes, la primera habitación servía de cuarto de estar a la maestra Isabel y a su marido, el cajero Najlieli, mientras que la segunda habitación, la estrecha, por las noches servía de dormitorio a los Najlieli y a todo su ejército de gatos. Todas las mañanas, los Najlieli madrugaban y amontonaban todos sus muebles en el pasillo, y del pasillo arrastraban a cada habitación tres o cuatro pequeños pupitres y tres o cuatro bancos, cada uno para dos niños.

Así, su casa se convertía cada día, desde las ocho de la mañana a las dos de la tarde, en una escuela privada casera llamada La Patria del Niño.

Dos clases y dos maestras había en La Patria del Niño, todo lo que cabía en la pequeña casa, ocho alumnos de primero y seis de segundo. La maestra Isabel Najlieli era la dueña de la escuela y hacía de directora, encargada del almacén, tesorera, coordinadora del programa de estudios, sargento mayor de la disciplina, enfermera del colegio, bedel, limpiadora, profesora de primero y nuestra maestra de todas las materias. La llamábamos Maestraisabel, todo junto.

Era una mujer gruesa de unos cuarenta años. Alegre, risueña, con una verruga peluda que parecía una cucaracha extraviada encima de su labio superior. Se enfurecía enseguida, era sensible, aunque también impetuosa y muy cálida. Con sus

⁸⁷ Uralita: nombre comercial de placas de fibrocemento o asbestocemento (cemento y amianto) utilizadas para la construcción desde 1900, prohibidas desde la década de 1990 por la evidencia en el desarrollo de asbestosis y cáncer de pleura.

vestidos de algodón, sencillos, anchos, llenos de bolsillos y cuajados de lunares blancos, la Maestraisabel parecía una experimentada casamentera de un *shtetl*, una casamentera astuta, de fuertes brazos y vista aguda, que te escudriñaba, por fuera y por dentro, con una sola mirada incisiva y tres o cuatro preguntas pícaras y aparentemente inocentes. En un momento te descifraba de arriba abajo, conocía tu forma de ser y llegaba hasta el fondo de tus secretos. Te examinaba minuciosamente y hacía un mapa de ti, de tu corazón y tu mente, mientras sus manos rojas, como sin piel, hurgaban y rebuscaban sin descanso en sus numerosos bolsillos, como si en ese instante fuera a sacar de las profundidades de alguno de ellos la novia perfecta para ti, o un cepillo del pelo, o un frasco con gotas para la nariz, o al menos un pañuelo limpio para quitarte una gota verde que se te había secado y petrificado en la punta de la nariz.

La Maestraisabel también era pastora de gatos: rebaños de gatos admiradores la seguían y corrían entre sus piernas fuera a donde fuera, siempre pegados al bajo de su vestido y estorbándola al andar, les daba con el pie y ellos no se apartaban, casi la hacían tropezar con su entrega y dedicación. Los gatos trepaban con las uñas por su vestido, grises y blancos, pelirrojos, a rayas, negros, moteados, y se tumbaban encima de sus anchos hombros, se acurrucaban en su cesta de libros, empollaban en sus zapatos, luchaban entre sí con maullidos desesperados por el derecho a estar en su regazo. En todas sus clases había en el aula más gatos que alumnos, todos callados con gran respeto para no perturbar el desarrollo de la clase, todos domesticados como perros, todos bien educados, como internas de buena familia, encima de su mesa, en sus rodillas, en sus piernas, en nuestras pequeñas rodillas, en nuestras carteras, en el alféizar de la ventana, en la caja de los aparatos de gimnasia, del material de dibujo y manualidades.

A veces la Maestraisabel los retaba o les daba órdenes. Agitando un dedo amenazaba a uno u otro con arrancarle las orejas y cortarle la cola si no cambiaba inmediatamente de actitud. Los gatos la obedecían siempre, al instante, sin condiciones ni protestas: «¡Debería darte vergüenza, Zorobabel!», gritaba de repente. Al instante ese pobre se levantaba, salía del grupo tendido en la alfombra a los pies de la mesa de la maestra y empezaba a caminar, cabizbajo, avergonzado, rozando casi el suelo con su panza, con el rabo entre las patas y, las orejas tensas hacia atrás, rastreando él solo su desdichado camino hacia el rincón. Todos los ojos –tanto los de

los niños como los de los gatos– se clavaban en él y eran testigos de su deshonrosa humillación. El culpable se alejaba así, como arrastrándose sobre su panza, hacia el rincón, humillado, despreciado, admitiendo su bajeza, avergonzado de su pecado y profundamente arrepentido, pero quizás también esperando con humildad, hasta el último momento, el milagro del benevolente perdón, ese perdón que llegaría, si llegaba, sólo después de la desesperación.

Desde el rincón de la habitación, el infeliz nos lanzaba una dulce mirada parpadeante, conmovedora, una mirada culpable e implorante, llena de un profundo dolor, como diciendo: no valgo nada.

–¡Eres un despojo! –le espetaba la Maestraisabel con un hastío que iba más allá del desprecio, y después lo perdonaba levantando la mano–: Bueno. Ya. Ven aquí. Pero recuerda bien que si vuelves a...

No tenía necesidad de terminar la frase, porque el culpable, que había logrado el perdón divino, se dirigía ya contoneándose hacia ella con pasos de baile, como flirteando con ella, como jurando que en esa ocasión la cautivaría hasta el desmayo, conteniendo con esfuerzo su felicidad, la cola levantada, las orejas erguidas, saltando hacia nosotros sobre las blandas almohadillas de sus patas, dulce y, como buen conocedor del secreto poder de su dulzura, utilizándola para conquistar, los bigotes impecablemente lustrosos, el pelo brillante y un poco erizado, y en los ojos una chispa de pícaro santurronería felina, como haciéndonos un guiño mientras juraba que desde ese momento no habría en el mundo un gato más bueno y encantador que él.

Los gatos de la Maestraisabel estaban educados para una vida productiva, y por tanto eran gatos útiles: les había enseñado a darle un lápiz, una tiza o un par de medias del armario, a sacar de debajo de los muebles una cucharita perdida que intentaba en vano esconderse allí. A estar en la ventana y a maullar de una forma determinada si se acercaba a la casa un conocido, y a hacerlo de otra forma si aparecía un desconocido (la mayoría de aquellos prodigios no los vimos con nuestros propios ojos, pero le creíamos. Y le habríamos creído también si nos hubiera contado que sus gatos hacían crucigramas).

En cuanto a Najlieli, el pequeño marido de la Maestraisabel, casi nunca lo veíamos: normalmente Najlieli se iba a trabajar antes de que llegásemos y, si se quedaba en casa, debía permanecer en silencio en la cocina durante las horas de clase

y hacer allí lo que tuviera que hacer. Si no nos hubieran dado permiso de arriba, a nosotros y a él, para ir alguna vez al baño, nunca hubiéramos descubierto que el señor Najlieli no era más que Getzel, el joven y pálido cajero de la tienda de ultramarinos. Era casi veinte años más joven que su mujer: si hubiesen querido, hubieran podido ir por la calle haciéndose pasar sin ningún problema por madre e hijo.

Y efectivamente, dos o tres veces que se vio obligado o tuvo la osadía de llamarla para algo urgente durante la clase, bien porque las albóndigas se le habían quemado o porque se había echado encima agua hirviendo, no la llamó Isabel sino mamá, como seguramente la llamaba también su manada de gatos. Ella, por su parte, llamaba a su joven marido con algún nombre tomado del mundo de las aves, curruca, gorrión, jilguero o incluso periquito. Cualquier cosa menos Najlieli.

A una media hora a paso de niño de nuestra casa había dos escuelas primarias, una, demasiado socialista, y la otra, demasiado religiosa. La primera era el Colegio Berl Katznelson para los Hijos de los Trabajadores, al norte de la calle Haturim, en cuyo tejado ondeaba, junto a la bandera nacional, la bandera roja de la asamblea de los trabajadores. Allí se celebraba, con desfiles y ceremonias, el Primero de Mayo. Tanto los profesores como los alumnos llamaban al director «camarada». Los profesores llevaban en verano pantalones cortos de color caqui y sandalias de estilo bíblico. En el huerto del patio, los alumnos se preparaban para la vida agrícola y la realización personal mediante el trabajo de la tierra. En los talleres aprendían oficios productivos como carpintería, cerrajería, mecánica, forjado y otra cosa poco conocida pero atractiva que se llamaba mecánica de precisión.

En las aulas los niños podían sentarse donde quisieran, incluso un chico al lado de una chica. Casi todos iban con camisetas azules adornadas con cordones rojos o blancos. Los chicos usaban pantalón corto arremangado hasta la ingle, mientras que los pantalones de las chicas, también escandalosamente cortos, se ceñían a los muslos con elásticos. Los alumnos se dirigían a los profesores llamándolos única y exclusivamente por su nombre, Nadav, Elijin, Edna o Jaguit (por supuesto siempre con acento agudo). Allí se estudiaba matemáticas, geografía local, literatura e historia, pero también materias como la historia del asentamiento en Eretz Israel y del movimiento obrero, los principios del trabajo de la tierra y la

evolución de la lucha de clases. Y se cantaban a voz en grito todo tipo de himnos proletarios, empezando por la *Internacional* y terminando por *Seremos todos pioneros y pioneras* o *Una camisa azul que vale más que todas las joyas*.

La Biblia se estudiaba en el Colegio para los Hijos de los Trabajadores como una serie de artículos de actualidad: los profetas luchaban por el progreso, por la justicia y el bienestar de los pobres, mientras que los reyes y los sacerdotes eran los representantes de toda la injusticia social vigente. El joven David, un pastor de ovejas, era un valiente guerrero que luchaba en las filas de un movimiento para la liberación nacional del yugo de los filisteos, pero, cuando envejeció, ese mismo David se convirtió en un rey colonialista-imperialista, un conquistador de tierras, un opresor de pueblos, un ladrón de ovejas del pobre y un indigno explotador de la clase obrera.

A unos cuatrocientos metros de ese colegio rojo, justo en la calle paralela, estaba la escuela tradicional-nacional Tajkemoní, del movimiento religioso Hamizrají, donde estudiaban única y exclusivamente chicos que se sentaban en las aulas con las cabezas cubiertas. La mayoría de los chicos eran de familias pobres, excepto algunos que pertenecían a la antigua burguesía sefaradí de Jerusalem, que había sido marginada con la intrusión de los eruditos askenazis. A los alumnos se los llamaba sólo por sus apellidos, Bozo, Valero, Danon, Cordovero, Saragosti, Alfasi, y a los maestros se los llamaba señor Neiman, señor Alkalai, señor Mijaeli, señor Abishar, señor Benvenisti y señor Opher. Al director se lo llamaba «ilustrísimo director». Cada mañana, la primera clase empezaba con la oración «Doy gracias», a la que seguían las clases de Pentateuco con los comentarios de Rashi, clases en las que los alumnos repetían, cubiertos con kipá, el *Pirkei Avot*⁸⁸ y el resto de las enseñanzas de los rabinos, clases de Talmud, leyendas y leyes e historia de las oraciones y la poesía litúrgica, todo tipo de preceptos y obras edificantes, secciones del *Shuljan Aruj*⁸⁹, los ciclos de las festividades, la historia de los exilios del pueblo de Israel, la biografía de los sabios de Israel, algunas leyendas moralizantes e

⁸⁸ Pirkei Avot (*Tratado de los padres*), es una recopilación de enseñanzas éticas o máximas de los Rabinos del período de la Mishná (compilación de la tradición oral judía, desde los tiempos de la Torá hasta finales del S. II). Por sus contenidos se conoce también como "*Ética de los Padres*". Es el único tratado que trata sólo sobre principios éticos y morales; hay muy poca o ninguna mención de la ley religiosa. En el sentido Talmúdico, la palabra avot, que significa *padres*, se refiere a categorías principales o fundamentales; pirkei significa *capítulos*, por lo que Pirkei Avot significa *Capítulos de los Principios Fundamentales*.

⁸⁹ La más importante recopilación, realizada en 1557 por Iosef Karo, de normas de conducta de la religión judía.

instructivas, una antología de Yehudah Ha-Levi y otra de Bialik, y entre unas cosas y otras se enseñaban también algunos rudimentos de gramática hebrea, matemáticas, inglés, canto e historia, y se echaba un ligero vistazo a la geografía. Los maestros llevaban chaqueta incluso en verano, y el ilustrísimo señor director Ilan aparecía siempre con un traje de tres piezas.

Mi madre hubiese querido que estudiara ya desde primero en el Colegio para los Hijos de los Trabajadores, porque no aprobaba la rígida separación religiosa entre chicos y chicas, porque el viejo Tajkemoní, con sus edificios de piedra construidos en la época del dominio turco, le parecía diaspórico, anticuado y deprimente en comparación con el Colegio para los Hijos de los Trabajadores, que tenía grandes ventanales, aulas luminosas, frondosos bancales y cierta efervescencia juvenil. Puede que ese colegio le recordara en algo su época del instituto Tarbut de Rovno.

Sin embargo mi padre tenía bastantes dudas al respecto: su deseo era que estudiara con los hijos de los catedráticos de Rehavia, o al menos con los hijos de los médicos, profesores y funcionarios que vivían en el barrio de Bet Hakerem, pero aquellos días eran días de incidentes y disparos, y tanto Rehavia como Bet Hakerem estaban a dos autobuses de distancia de nuestra casa en Kerem Abraham. El Tajkemoní le resultaba extraño a su corazón laico-nacionalista y a su espíritu ilustrado y escéptico. El Colegio para los Hijos de los Trabajadores, por otra parte, era para él una turbia fuente de adoctrinamiento comunista y de lavado de cerebro proletario. No le quedó otro remedio que sopesar el peligro negro con el peligro rojo y elegir al final el menor de los males.

Después de serias dudas, y en contra de la opinión de mi madre, mi padre decidió enviarme al Tajkemoní: creía que no había motivos para temer que ese colegio me convirtiera en un niño religioso, pues el fin de la religión estaba cerca, el progreso la estaba dejando atrás con gran celeridad, y aun suponiendo que consiguieran hacer de mí por algún tiempo un pequeño clérigo, enseguida saldría al mundo y me quitaría de encima todo ese polvo arcaico, y la observancia de los preceptos se me pasaría sin dejar rastro, del mismo modo que desaparecerían en pocos años los creyentes y sus sinagogas, y pronto no quedaría de ellos más que un pálido recuerdo folclórico.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

En el Colegio para los Hijos de los Trabajadores estaba agazapada, según mi padre, una peligrosa amenaza espiritual: la ola roja estaba inundando nuestra tierra, se estaba extendiendo por todo el mundo, y el adoctrinamiento socialista era un abismo del que era imposible salir. Si les enviamos al niño, al instante le lavarán el cerebro y le llenarán la cabeza con todas esas patrañas de Marx, y enseguida lo convertirán en un bolchevique, en un pequeño soldado de Stalin, lo arrojarán a uno de sus kibutzim, y de allí no hay vuelta atrás («quien entra no vuelve a salir», decía mi padre).

Pero el camino desde nuestra casa a la escuela Tajkemoní, que era también el camino al Colegio para los Hijos de los Trabajadores, pasaba a los pies del campo Schneller. Desde las garitas que estaban en lo alto de los muros, fortificadas con sacos de arena, a veces algunos soldados ingleses nerviosos, o que odiaban a los judíos, o que simplemente estaban borrachos, disparaban a la gente que pasaba por la calle. En una ocasión empezaron a disparar con una ametralladora y mataron al burro del lechero, porque temían que las cántaras de leche contuvieran material explosivo, como había ocurrido en el hotel Rey David. Una o dos veces los conductores ingleses también habían atropellado con las ruedas de sus potentes jeeps a varios transeúntes que no se habían apresurado a dejarles libre la carretera.

Eran los días posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los días de la clandestinidad y el terrorismo, de la voladura de las comandancias británicas, de las cargas que los miembros del Etzel pusieron en los bajos del hotel Rey David, los ataques a la jefatura de policía en la calle Mamila y a las instalaciones del ejército y de la policía.

Mis padres decidieron, por tanto, retrasar otros dos años la frustrante elección entre el oscurantismo medieval y la trampa stalinista, entre el Tajkemoní y el Colegio para los Hijos de los Trabajadores, y enviarme de momento a hacer primero y segundo a La Patria del Niño, dirigida por la maestra Isabel Najlieli: la gran ventaja de esa escuela casera llena de gatos radicaba en que estaba a escasa distancia de nuestra casa: se salía del patio, se giraba a la izquierda, se pasaba por la puerta de la familia Lemberg y por la tienda del señor Auster, se cruzaba con cuidado la calle Amós frente a la terraza de la familia Zarhi, se bajaban unos treinta metros más por la calle Zacarías, se volvía a cruzar con cuidado y se llegaba: una tapia repleta de pasionarias trepadoras y un gato blanco y gris, el gato de guardia, maullándote desde la ventana para anunciar tu llegada. Veintidós escalones y ya

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

podías colgar la cantimplora en el gancho de la entrada de la escuela más pequeña de Jerusalem, dos aulas, dos maestras, una docena de alumnos y nueve gatos.

CAPÍTULO 38

Cuando terminé primero pasé, de repente, del dominio trepidante de la Maestraisabel, la pastora de gatos, a las manos frías y mudas de la Maestrazeldadesegundo (también todo junto, pero sin gatos. Irradiaba una especie de halo de autoridad azul ceniza que de inmediato me atrajo hacia ella).

La Maestrazelda hablaba en un tono tan bajo que, si queríamos oírla, no bastaba con que nos callásemos, teníamos que inclinarnos hacia delante sobre las mesas. Por tanto, permanecíamos inclinados hacia delante todo el tiempo, desde la mañana hasta el mediodía, porque no queríamos perdernos ni una palabra: todo lo que decía la Maestrazelda era interesante y algo inesperado. Como si estuviésemos aprendiendo con ella un idioma nuevo, no muy distinto al hebreo y, pese a todo, diferente e inquietante: a las montañas a veces las llamaba serranías. A las estrellas, astros. Las profundidades eran abismos y los bosques, florestas, y normalmente llamaba a cada árbol por su nombre. Si expresabas en clase una idea que le gustaba, la Maestrazelda te señalaba con el dedo y decía en voz baja: Mirad todos, por favor, aquí hay un niño rebosante de luz. Si una de las chicas soñaba despierta, la Maestrazelda nos explicaba que, del mismo modo que el hombre no es culpable de no poder dormir, tampoco se podía culpar a Noa de no poder estar despierta algunas veces.

A la burla, a cualquier tipo de burla, la Maestrazelda la llamaba veneno. A la mentira la llamaba caída o ruptura. A la pereza la llamaba plomo y al cotilleo, ojos de la carne. Al orgullo lo llamaba quemarse las alas y a la renuncia, incluso a la más mínima renuncia, hasta la renuncia a borrar o a repartir a los compañeros las hojas de dibujo, a toda renuncia la llamaba chispa. Dos o tres semanas antes de la fiesta de Purim, que para nosotros era la fiesta más importante de todas, de repente dijo en clase: Puede que este año no haya Purim. Puede que la apaguen por el camino.

¿Apaguen? ¿La fiesta? ¿Pero cómo era posible? Fuimos presas del pánico: no sólo era el miedo a que Purim se echara a perder sino un oscuro terror ante esas fuerzas poderosas y ocultas, unas fuerzas de cuya existencia no nos habían hablado hasta ese día, capaces si querían de encender y apagar las fiestas, como si las fiestas no fueran más que cerillas.

La Maestrazelda, por su parte, no se tomó la molestia de entrar en detalles y sólo insinuó que el apagado o no apagado de la fiesta dependía sobre todo de ella: ella misma estaba unida de algún modo a esas fuerzas invisibles que separaban la fiesta y la no fiesta, lo sagrado y lo profano. Y por tanto era mejor para nosotros, eso nos decíamos unos a otros, si queríamos que la fiesta de Purim no se apagara, que nos esforzáramos más en hacer lo poco que estaba en nuestras manos para hacer que la Maestrazelda estuviera de buen humor. Nada es poco, dijo la Maestrazelda, nada es poco para quien no tiene nada.

Recuerdo sus ojos: despiertos y cálidos, guardianes de un secreto, pero no alegres. Unos ojos judíos con un corte algo tártaro.

A veces interrumpía la clase y nos mandaba a todos a jugar al patio, pero hacía que se quedaran con ella dos elegidos dignos de continuar. Los exiliados del patio no disfrutaban de la hora libre sino que envidiaban a los elegidos.

A veces se acababa el tiempo, la clase de la Maestraisabel se había ido a casa hacía un buen rato, los gatos liberados invadían toda la casa, las escaleras y el patio, y sólo nosotros seguíamos como olvidados bajo las alas de las historias de la Maestrazelda, inclinados hacia delante sobre las mesas para no perdernos ni una palabra, hasta que alguna madre preocupada, con un delantal encima de la falda, venía y se quedaba en la puerta, con los brazos en jarra, esperando primero con impaciencia y después con un estupor que iba convirtiéndose en curiosidad, como si en ese preciso instante también aquella madre hubiese vuelto a ser una niña maravillada, inclinada hacia delante como nosotros para no perderse el final de la historia de la nube perdida, la desdichada nube cuyo manto se enganchó en los rayos de una estrella de oro.

Si decías en clase que querías contarle algo a todos, aunque el tema no viniera a cuento, la Maestrazelda enseguida te hacía levantar y sentarte en su mesa, en la mesa del profesor, y ella se sentaba en tu sitio, en el pupitre. Así te ascendía con un salto prodigioso al puesto de maestro, con la condición de que contaras algo con sentido o hicieras alguna observación interesante. Si conseguías interesarla a ella, o a la clase, podías continuar sentado; por el contrario, si decías tonterías o sólo intentabas llamar la atención y no tenías nada que contar, la Maestrazelda cortaba por lo sano con su tono de voz frío y tranquilo, un tono carente de cualquier atisbo de risa o frivolidad:

–Pero eso es un poco estúpido.

O:

–Basta ya de decir tonterías.

O también:

–Ya es suficiente: te estás poniendo en ridículo.

Afligido y avergonzado, volvías entonces a tu sitio.

Muy pronto aprendimos a tener cuidado: hablar a muchos pesó, y haber callado a ninguno. Palabras vanas, cáscaras de avellanas. No intentes nunca ser el centro de atención si no eres capaz de decir algo coherente. Es cierto, es agradable y hasta vertiginoso ser maestro durante un rato y sentarse en la mesa del maestro, pero la caída puede ser rápida y dolorosa. La vanidad y la presunción causan vergüenza. Antes de hablar en público es mejor prepararse. Más vale callar que mal hablar: el callar y el hablar no caben en un lugar.

Fue mi primer amor: una mujer soltera de unos treinta años, la Maestrazelda, la señorita Schneorson. Aún no tenía ocho años y ya me arrebató por completo, agitó en mí un metrónomo interior que hasta entonces había estado parado y que desde entonces no ha dejado de moverse.

Me despertaba por la mañana y, con los ojos aún cerrados, la imaginaba enfrente de mí. Me vestía y desayunaba muy deprisa sólo para terminar, abrochar, cerrar, tomar y correr directamente hacia ella. Mi cerebro estaba derretido de tanto esfuerzo por elegir y prepararle cada día nuevos y hermosos razonamientos que le dirigía a ella para que me acercaran la luz de su mirada, y para que me señalara y dijera: Entre nosotros esta mañana hay un niño rebosante de luz.

Ebrio de amor me sentaba cada mañana en su clase. O muerto de celos. Constantemente intentaba descubrir cuáles de mis encantos atraían su favor. Y tramaba cómo destruir los encantos de los demás, cómo distanciarlos de ella.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

Al mediodía volvía de la escuela, me tumbaba en la cama e imaginaba que sólo estábamos ella y yo.

Amaba el color de su voz, el olor de su sonrisa y el sonido de sus vestidos (de manga larga y casi siempre de color marrón, azul oscuro, grisáceo, y encima un sencillo collar de color marfil, o a veces un pañuelo de seda de un tono suave). Al final del día cerraba los ojos, me tapaba hasta la cabeza con la manta y me la llevaba conmigo. En sueños la abrazaba y ella estaba a punto de besarme en la frente. Una aureola de luz la rodeaba y me iluminaba también a mí, para que fuera un niño rebosante de luz.

Ya sabía lo que era el amor: había devorado montones de libros, libros para niños, libros para jóvenes y también libros que no se consideraban apropiados para mí. Igual que un niño ama a su padre y a su madre, así nos enamoramos, al crecer un poco, de alguien de otra familia. Una completa desconocida que, de repente, como cuando se encuentra un tesoro en una cueva del monte de Tel Arza, cambia la vida del enamorado. Y sabía por los libros que en el amor, como en la enfermedad, no se come ni se duerme, y realmente yo casi no comía, aunque por las noches dormía profundamente e incluso durante el día esperaba que oscureciera para irme a dormir. Ese sueño profundo no coincidía con los síntomas del amor que describían los libros, y no estaba totalmente seguro de si estaba enamorado como los adultos, pues en tal caso debía sufrir de insomnio, o de si mi enamoramiento era sólo un enamoramiento infantil.

Y sabía por los libros y las películas que habíamos visto en el cine Edison, y sabía también de oídas, que detrás del enamoramiento, al otro lado, como más allá de las montañas de Moab que se ven enfrente de Har Hatzofim, se extendía otro paisaje, un paisaje completamente diferente, amenazador, que no se veía desde aquí, y puede que fuera mejor así. Algo anidaba allí, peludo, vergonzoso, algo que tenía que ver sólo con la oscuridad. Y que tenía que ver con la fotografía que tanto había intentado olvidar, aunque a la vez había tratado de recordar un detalle que casi no me dio tiempo a ver, la foto que el prisionero italiano me enseñó a través de la alambrada y que casi no vi porque huí de allí. Y tenía que ver también con prendas de vestir que llevan las mujeres pero no nosotros, ni tampoco la niñas de la clase. En la oscuridad vivía y se movía algo más, algo húmedo y lleno de vello, algo que por

una parte era mejor para mí no conocer y que, por otra parte, si no lo conocía, al final resultaría que mi enamoramiento sería simplemente un enamoramiento infantil.

El enamoramiento de los niños es otra cosa, no duele ni es vergonzoso, como el de Yoabi por Noa o el de Ben Ami por Noa o incluso como el de Noa por el hermano de Abner. Pero en mi caso no se trataba de una chica de clase o alguien del barrio de mi misma edad o sólo algo mayor, como la hermana mayor de Yoazar: en mi caso era un enamoramiento por una mujer. Y era mucho más terrible porque era maestra. La maestra de mi clase. Y no había nadie en el mundo a quien poder preguntar sobre eso sin recibir una bofetada de burla. A la burla la llamaba veneno. Y a la mentira la llamaba ruptura o caída. Al desengaño lo llamaba pena, o pena de soñadores. Y al orgullo, quemarse las alas. Y precisamente a la vergüenza la llamaba imagen de Dios.

¿Y yo? Yo, a quien a veces señalaba en clase y llamaba niño rebosante de luz, ¿ahora por su culpa estaba rebosante de oscuridad?

De repente no quise volver a ir a la escuela La Patria del Niño. Quería una escuela de verdad, con aulas, una campana y patio, no en la casa de los Najlieli, llena de gatos, sino una escuela sin pelos de gato por todas partes, había hasta en el baño y se te pegaban al cuerpo por debajo de la ropa, y sin la eterna peste a orín de gato rancio y reseco debajo de algún mueble. Una escuela de verdad, donde la directora no viniera de repente a limpiarte los mocos y no tuviese un marido que fuera cajero en una tienda de ultramarinos, donde no me llamasen rebosante de luz. Una escuela sin enamoramientos y todo eso.

Y después de una discusión entre mis padres, una discusión en voz baja, en ruso, una discusión en un extraño guachi guachi en la que al parecer venció mi padre, se decidió que al acabar segundo en La Patria del Niño, después de las vacaciones de verano, iría a estudiar tercero al Tajkemoní y no al Colegio para los Hijos de los Trabajadores: entre los dos males, era preferible el negro al rojo.

Pero entre el Tajkemoní y yo aún había un verano entero de amor.

–¿Cómo?, ¿vuelves a ir a casa de la Maestrazelda? ¿A las siete y media de la mañana? ¿Es que no tienes amigos de tu edad?

–Es que ella me ha invitado. Ella ha dicho que vaya cuando quiera, incluso todas las mañanas.

–Ha dicho. Está muy bien que lo haya dicho. Pero, por favor, dime una cosa, ¿no crees que no es muy normal que un niño de ocho años esté todo el tiempo pegado a las faldas de su maestra? ¿De su antigua maestra, de hecho? ¿Todo el día? ¿A las siete de la mañana? ¿Y encima estando de vacaciones? ¿No te parece un poco excesivo? ¿No es incluso de mala educación? ¿Piensa en eso, por favor! ¡Sé razonable!

Cambiaba el peso de una pierna a otra, impaciente, esperando el final del sermón, y entonces soltaba:

–¡Bueno, está bien! ¡Lo pensaré! ¡Seré razonable! –y lo decía corriendo y volando ya sobre alas de águila hacia el patio de su casa en el bajo de la calle Sofonías, frente a la parada del autobús número 3, frente al jardín de la señora Jasia, detrás del lechero, el señor Langerman, con las grandes cántaras de hierro que llegaban a nuestras tristes callejuelas directamente desde las montañas de Galilea, o las llanuras rebosantes de sol, directamente desde los campos del remoto valle de la noche, espéranos, tierra mía, en los extensos campos de trigo, rocío abajo y luna arriba, directamente desde Bet Alfa hasta Nahalal.

Pero la luna estaba aquí: la Maestrazelda era la luna. Allí, en los valles, en Sharón y en Galilea, se extendían las tierras del sol, el venerado dominio de los fuertes y curtidos. No aquí. Aquí, en la calle Sofonías, incluso en una mañana de verano reinaban las sombras de una noche de luna.

Todos los días, antes de las ocho de la mañana, ya estaba plantado junto a su ventana, con el pelo humedecido con un poco de agua y la camisa limpia y bien sujeta por el cinturón de los pantalones, sin ningún pico por fuera. Me ofrecía con mucho gusto a ayudarla en todo lo que tuviera que hacer por la mañana: ir en su lugar a la frutería y a la tienda de ultramarinos, barrer un poco el suelo del patio, regar las latas de los geranios, tender la escasa colada en la cuerda o recoger la ropa seca, sacarle una carta del buzón, que tenía la cerradura oxidada. Ella me ofrecía un vaso de agua, a la que no llamaba simplemente agua, sino agua pura. A los bollos los convertía en repostería. La tierra del patio se volvía polvo. Al viento ligero del oeste

lo llamaba brisa marina, y al del este lo llamaba de levante. Cuando esos vientos pasaban entre las agujas de los pinos, no sólo movían las agujas, las agitaban.

Cuando terminábamos las escasas tareas domésticas, sacábamos dos taburetes de enea y nos sentábamos en el patio trasero debajo de la ventana de la Maestrazelda, mirando hacia el norte, hacia la academia de policía y el pueblo árabe llamado Shuafat. Viajábamos sin viajar: yo, que era un niño-mapa, sabía que detrás de la mezquita de Nebi Samuel, que estaba en las altas y lejanas montañas que aparecían ante nuestros ojos, se ocultaba el valle de Bet Jorón, y sabía que tras él se extendían la tierra de Benjamín y la tierra de Efraín, Samaria, y después estaba el monte Guilboa y después los valles del Tabor y Galilea. Jamás había estado en esos lugares: una o dos veces al año íbamos a Tel Aviv a pasar alguna fiesta, dos veces había estado en el barracón cubierto con tela asfáltica de la abuela y del abuelo a las afueras de Kiriat Motzkin; aparte de Haifa y la ocasión en que fui a Bat Yam, no había visto nada. Por supuesto no había visto los maravillosos lugares que la Maestrazelda me dibujaba con palabras, el río Harod, las montañas de Safed y las riberas del Kinneret.

El verano que seguiría a nuestro verano, Jerusalem sería bombardeada desde las cimas de las montañas frente a las cuales nos sentábamos cada mañana. Junto al pueblo de Bet Iksa y al monte Nabi Samuel se atrincherarían cañones de la artillería inglesa, que estaba al servicio de la Legión árabe jordana, y lanzarían miles de balas sobre la ciudad asediada y hambrienta. Y, al cabo de muchos años, todas esas colinas que teníamos enfrente se llenarían de bloques de viviendas hacinados, Ramot Eshkol, Ramot Elón, Maalot Dafne, Guivat Hatijmoshet, Guivat Hamivtar, Guivat Tzerfatit, y todas las colinas se derretirán, como dijo el profeta Amós. Pero en el verano del 47 aún eran colinas pedregosas y abandonadas, pendientes moteadas de rocas claras y arbustos oscuros. De vez en cuando el ojo se detenía en algún pino solitario, viejo y tenaz, encorvado por culpa de los fuertes vientos del invierno que le habían doblado la espalda para siempre.

Me leía lo que tal vez tenía intención de leer ella sola esa mañana: cuentos hasídicos, leyendas, oscuras historias sobre santos cabalistas capaces de hacer combinaciones matemáticas, prodigios y milagros. A veces, si no se andaban con mil ojos al intentar salvarse a sí mismos, a los pobres y oprimidos o a todo el pueblo de Israel, aquellos cabalistas místicos provocaban terribles desgracias causadas siempre

por algún error en las combinaciones o por una partícula impura que se colaba en sus sagradas intenciones.

A mis preguntas contestaba con respuestas inesperadas, extrañas, unas respuestas que a veces me sonaban algo caóticas y que amenazaban con tirar por tierra las sólidas y fuertes bases de la lógica de mi padre.

O todo lo contrario: a veces me sorprendía con una respuesta obvia y sencilla que, sin embargo, saciaba como el pan negro. Incluso lo más obvio, en ella resultaba algo inesperado. Y yo la quería y estaba atado a ella, porque había algo extraño y turbador, temible en cierto modo, en casi todo lo que hacía y decía: «Los pobres de espíritu», por ejemplo, de los cuales me dijo que pertenecían a Jesús de Nazaret, pero también que entre nosotros, en Jerusalem, había mucha pobreza de espíritu, y no precisamente en el sentido al que ese hombre se refería. O los «mudos de espíritu» que aparecen en el poema de Bialik «Estaré con vosotros», que de hecho no son otros que los 36 justos ocultos de los que depende el mundo. Y en otra ocasión me leyó el poema de Bialik sobre su padre, un alma pura cuya vida estuvo rodeada de la mugre de la taberna sin que la inmundicia y la impureza pudieran contaminarlo. Sólo contaminaron, y cómo, a su hijo poeta, según describe el propio Bialik en los dos primeros versos del poema «Mi padre», dos versos en los que habla sólo de sí mismo y de su impureza antes de empezar a hablarnos de su padre. Y en su opinión era extraño que los eruditos no se hubieran dado cuenta de que el poema sobre la pureza del padre comenzara precisamente con una amarga confesión sobre la vida impura del hijo.

O a lo mejor no lo dijo así: yo no estaba allí con un lápiz y un cuaderno, y no anoté lo que me dijo. Y desde entonces han pasado más de cincuenta años. Mucho de lo que le oí a Zelda aquel verano estaba por encima de mi capacidad de comprensión. Pero cada día ella iba elevando un poco más el listón de mi entendimiento. Recuerdo, por ejemplo, que me hablaba de Bialik, de su infancia, de sus desilusiones y de su dura vida. Y también de cosas que no eran propias de mi edad. Entre otros muchos poemas me leyó el poema «Mi padre», y me habló de la pureza y la impureza.

¿Pero qué me dijo exactamente?

Ahora, en mi habitación de Arad, un día de verano de finales de junio de 2001, intento reconstruir, o mejor dicho adivinar, evocar, crear casi de la nada, como los disecadores del museo de ciencias naturales, que hacen un dinosaurio completo partiendo de dos o tres huesos.

Me gustaba la forma en que la Maestrazelda ponía una palabra junto a otra: a veces ponía una palabra común, cotidiana, junto a otra también normal y corriente, y de pronto al combinarse, al estar la una junto a la otra, dos palabras normales que no están habituadas a estar juntas, experimentaban una especie de descarga eléctrica que enardecía mi espíritu deseoso de milagros léxicos. Aquí están algunos versos sueltos de uno de sus poemas, «En el viejo colegio para ciegos»:

por qué me asusto del desprecio de las montañas...
mi alma llega como un ave/ de la tierra del fruto
que no ha probado...
el jardín nocturno ha roto su voto con la mórbida
oscuridad...
por primera vez pienso/ en la noche, donde las estrellas
y los astros son
un rumor...

Y del mismo poema, una estrofa completa, la última:

Cuándo entenderé que su oscuridad
está llena de señales,
que no sé nada de los viajes de su alma
hacia lo asombroso, lo profundo, lo luminoso,
hacia lo imposible.

Zelda aún no estaba casada ese verano, pero a veces aparecía un hombre en el patio, a mí me resultaba mayor, por su aspecto parecía religioso. Cuando pasaba entre nosotros, rompía sin darse cuenta la invisible tela matutina tendida entre ella y yo. A veces me dedicaba un movimiento de cabeza con un amago de sonrisa, y cuando permanecía de pie, dándome la espalda, entablaba con la Maestrazelda una conversación que duraba mil años o más. Desesperante. Y en idish, para que yo no entendiese ni una palabra. Dos o tres veces consiguió sacarle una carcajada, una risa

infantil que yo jamás logré provocarle. Ni siquiera en sueños. Ella le regalaba a aquel hombre monedas de risa. Y yo, en mi pobreza, me imaginaba mientras tanto, con precisión y detalle, la ensordecedora hormigonera que llevaba varios días dando vueltas en la calle Malaquías: arrojaría a esa hormigonera, al amanecer, el cuerpo del que la divertía, después de matarlo a medianoche.

Era un niño de palabras. Un hablador infatigable. Antes de abrir los ojos por la mañana ya empezaba la conferencia que duraba casi sin interrupción hasta que se apagaba la luz por la noche, e incluso continuaba dentro del sueño.

Pero no tenía a nadie que me escuchara: a los niños de mi edad, todo lo que decía les sonaba a bantú o a guachi guachi, y los adultos también daban discursos, igual que yo, de la mañana a la noche, aunque nadie prestara atención. Nadie se escuchaba por aquellos días, en Jerusalem. Y puede que ni siquiera nadie se escuchase a sí mismo (excepto el buen abuelo Alexander, que sabía escuchar y disfrutaba mucho de los frutos que eso le reportaba, pero sólo escuchaba a las mujeres. No a mí).

En todo el mundo no había, por tanto, un oído libre para escucharme, excepto en muy contadas ocasiones. Y cuando se dignaban a prestarme atención, se cansaban de mí a los tres o cuatro minutos, aunque por educación seguían haciendo que escuchaban y a veces incluso fingían divertirse.

Sólo la Maestrazelda me escuchaba: y no como una tía buena que, con paciencia y por piedad, presta su experto oído para que lo atruene un joven excitado que enseguida pierde la compostura. No. Ella me escuchaba con calma y seriedad, como aprendiendo de mí cosas que le agradaban o despertaban su curiosidad.

Y más aún: la Maestrazelda me trataba con tanto respeto que, cuando quería que hablara, atizaba mi fuego delicadamente, echando ramas a la hoguera, pero, cuando ya tenía suficiente, no dudaba en decir:

–Es suficiente por ahora. Deja de hablar.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

Los demás dejaban de escuchar al cabo de tres minutos, pero me permitían hablar y hablar todo lo que quisiera, incluso una hora entera, y mientras tanto pensaban en sus cosas haciendo que escuchaban.

Todo eso pasó al terminar segundo, después de acabar la escuela La Patria del Niño y antes de entrar en el colegio Tajkemoní. Tenía ocho años y ya estaba acostumbrado a leer periódicos, boletines y revistas de todo tipo, aparte de los cien o doscientos libros que había devorado hasta entonces (casi todo lo que caía en mis manos y casi sin criterio: rastreaba la biblioteca de mi padre y a cualquier libro que estuviese escrito en hebreo moderno le clavaba los dientes e intentaba digerirlo en mi rincón).

También escribía poemas: sobre los batallones hebreos, sobre las guerras de la resistencia, sobre Yehoshua Ben Nun, sobre un escarabajo aplastado y sobre la tristeza del otoño. Se los mostraba por las mañanas a la Maestrazelda, que los trataba con cuidado, como siendo consciente de su responsabilidad. Lo que dijo de cada poema no lo recuerdo. También he olvidado aquellos poemas.

Pero no he olvidado lo que me dijo de la poesía y de las voces: no de las voces de las alturas que hablan al alma del poeta, sino del hecho de que distintas palabras crean distintas voces, distintos sonidos: *ivshah*, murmullo, es una palabra susurrante, *tzerimah*, disonancia, es una palabra chirriante, la palabra *nehamah*, rugido, tiene un sonido grave y bajo, la palabra *tzlil*, tono, tiene un sonido agradable y la palabra *hemyah*, estruendo, vibra. Y así muchas más. Tenía un repertorio completo de palabras y sus sonidos, y ahora le estoy pidiendo a la memoria más de lo que es capaz de hacer.

Tal vez eso también se lo oí decir a la Maestrazelda el verano en que estuvimos tan unidos: Si dibujas un árbol, dibuja sólo unas cuantas hojas. No hace falta dibujar todas las hojas. Y si es una persona, no es necesario dibujar cada cabello. Pero en eso no era consecuente, una vez me decía que, en su opinión, aquí o allá había escrito demasiado, y otra decía que aquí tal vez hubiera sido mejor escribir un poco más. ¿Pero cómo se sabe eso? Aún estoy esperando una respuesta.

La Maestrazelda me descubrió también un hebreo que jamás había oído, ni en casa del profesor Klausner, ni en mi casa, y tampoco en la calle ni en los libros que

había leído hasta entonces: un hebreo extraño, anárquico, un hebreo de historias edificantes, de cuentos hasídicos y fábulas populares, un hebreo saturado de idish, sin reglas, donde se mezclaba el masculino con el femenino, el presente con el pasado, los pronombres con los adjetivos, un hebreo descuidado y confuso. ¡Pero qué vitalidad tenían aquellos relatos! Cuando se hablaba de nieve, el propio cuento parecía estar escrito con palabras hechas de nieve. Y cuando se hablaba de incendios, las propias palabras ardían. ¡Y qué extraña e hipnótica dulzura había en sus relatos sobre hechos milagrosos! Como si el escritor hubiese sumergido las letras en vino: las palabras se tambaleaban en la boca.

La Maestrazelda me mostró libros de poemas aquel verano, libros que en absoluto eran apropiados para mi edad: poemas de Lea Goldberg. Uri Zvi Greenberg. Poemas de Bat Miriam y Esther Raab. Poemas de Y. Tz. Rimón.

De ella aprendí también que a veces una palabra necesita un absoluto silencio a su alrededor: tener bastante espacio. Como un cuadro colgado en la pared, pues hay cuadros que no soportan a ningún vecino.

Aprendía mucho de ella, en clase y en su patio. Al parecer no le importaba compartir conmigo parte de sus secretos.

Pero sólo parte: por ejemplo, yo no tenía ni la más remota idea, ella ni siquiera me lo había insinuado, de que no era sólo mi querida maestra sino también la poetisa Zelda y de que algunos de sus poemas se habían publicado ya en suplementos y revistas de escasa repercusión. Y no sabía que, al igual que yo, era hija única. Y no sabía que estaba emparentada con Menahem Mendel Schneerson, que era sobrina del rabino de Lubavitch (el padre de él y el padre de ella eran hermanos). Y no sabía que también había estudiado dibujo, que había formado parte de una compañía de teatro y que ya había publicado varios poemas y textos en prosa poética. No podía imaginar que mi rival, el otro pretendiente, era el rabino Hayyim Mishkowsky, a quien por su altura llamaban Hayyim el Largo, ni que dos años después de nuestro verano, de ella y mío, se casaría con ella, pero su vida no sería muy larga. No sabía nada de ella.

A comienzos del otoño del año 47 empecé a estudiar tercero en el colegio religioso para chicos Tajkemoní. Nuevas sensaciones llenaron mi vida. Y no me convenía seguir como un niño pequeño pegado a las faldas de una maestra de cursos inferiores: los vecinos arqueaban las cejas, los hijos de los vecinos habían empezado

ya a burlarse de mí y hasta yo me burlaba de mí mismo en cierto modo: ¿Por qué tienes que ir corriendo a verla cada mañana? ¿Qué cara se te pondrá cuando dentro de poco todo el barrio empiece a hablar del niño loco que le recoge la ropa del tendedero, le barre el patio y a medianoche, con la salida de las estrellas, sueña con casarse con ella?

Unas semanas más tarde empezaron los enfrentamientos en Jerusalem, después llegaron la guerra, los bombardeos, el asedio y el hambre. Me alejé de la Maestrazelda: ya no iba corriendo a las siete de la mañana, limpio y con el pelo humedecido con un poco de agua, a sentarme en su patio. No le llevaba nuevos poemas escritos la tarde anterior. Si nos encontrábamos por la calle, le decía muy deprisa: «buenos días como está maestrazelda». Sin ningún tono interrogativo pronunciaba ese como está, y escapaba sin esperar respuesta. Me avergonzaba de todo lo que había pasado. Y también me avergonzaba de cómo de repente había terminado con ella, sin decirle que habíamos terminado y sin siquiera darle una explicación. Y también me avergonzaba de mis pensamientos, pues seguramente ella sabía que en mis pensamientos aún no había terminado con ella.

Después nos libramos por fin del barrio de Kerem Abraham. Nos trasladamos a Rehavia, la zona soñada por mi padre. Luego murió mi madre y yo me fui a vivir y a trabajar a un kibutz. Quería dejar atrás Jerusalem. Las ataduras se rompieron. A veces me topaba con un hermoso poema de Zelda en alguna revista, y así deducía que seguía viva y seguía siendo una persona sensible. Pero tras la muerte de mi madre le tomé cierta aversión a los sentimientos y, sobre todo, quería alejarme de una vez por todas de las mujeres sensibles. Fuesen quienes fuesen.

El año en que se publicó mi tercer libro, *Mi querido Mijael*, que se desarrolla más o menos en nuestro barrio, salió también *Tiempo libre*, el primer libro de Zelda. Pensé escribirle unas líneas felicitándola, pero no lo hice. Pensé enviarle mi libro, pero no lo hice: ¿cómo podía saber si aún vivía en la calle Sofonías o si se había mudado a otro piso? Y, por otra parte, había escrito *Mi querido Mijael* para dar la espalda definitivamente a Jerusalem, no para relacionarme de nuevo con ella.

Entre los poemas de *Tiempo libre* descubrí a los familiares de la Maestrazelda, y también me encontré con algunos de nuestros vecinos. Después se editaron *El invisible Carmelo* y *Monte, fuego*, que enamoraron a miles de lectores y le hicieron

merecedora del premio Brenner y del premio Bialik, así como de una fama abrumadora que la Maestrazelda, una mujer solitaria, debió de atravesar sin mirar a su alrededor.

Durante mi infancia, al final del Mandato Británico, toda Jerusalem estaba en casa escribiendo: por aquellos días casi nadie tenía radio, ni televisión, ni video, ni compact disc, ni Internet, ni correo electrónico, y tampoco teléfono. Pero todo el mundo tenía un lápiz y un cuaderno.

La ciudad entera se cerraba a las ocho de la tarde por el toque de queda impuesto por los británicos, y las tardes en que no se cerraba, Jerusalem se encerraba voluntariamente, y sólo el viento, los gatos callejeros y los charcos de luz de las farolas se movían en las calles. Y también ellos se escabullían para ocultarse entre las sombras cuando patrullaba por allí un jeep inglés con un foco y una ametralladora. Las noches eran mucho más largas que hoy, porque el movimiento de rotación de la tierra era más lento, porque la fuerza de gravedad era mayor. La luz eléctrica era débil, porque todos eran pobres y ahorran en bombitas y en iluminación. A veces estábamos horas o incluso días sin suministro eléctrico, y la vida transcurría a la luz de humeantes lámparas de kerosene. O a la luz de las velas. También las lluvias del invierno eran mucho más fuertes que ahora, y golpeaban las contraventanas cerradas junto con los puños del viento y el eco de los rayos y los truenos.

Cada tarde teníamos la misma ceremonia de clausura: mi padre salía a cerrar las contraventanas por fuera (porque sólo desde fuera se podían cerrar), se metía con gran coraje en las fauces de la lluvia, la oscuridad y los desconocidos peligros de la noche, igual que los peludos hombres de Neandertal, que dejaban con valor el calor de la cueva para conseguir una presa o defender a las mujeres y a los niños. O como el pescador del libro *El viejo y el mar*, salía mi padre solo al abismo de las fuerzas desbocadas de la naturaleza, se cubría la cabeza con una especie de saco vacío y se lanzaba a lo desconocido.

Cada tarde, cuando mi padre regresaba tras la maniobra de las contraventanas, cerraba por dentro la puerta y ponía la tranca (en las jambas, a ambos lados de la puerta, había dos ganchos metálicos, y allí metía mi padre la barra plana de hierro que aseguraba la puerta contra asaltantes y enemigos). Los gruesos muros de piedra nos protegían de todo mal, así como las contraventanas de hierro y

el monte oscuro que se erguía justo detrás de la pared trasera, defendiéndonos como un gigantesco y silencioso guerrero. El mundo exterior quedaba bien encerrado fuera, y dentro, en la cámara acorazada, estábamos sólo nosotros tres, la estufa y las paredes recubiertas de libros desde el suelo hasta el techo. Así se clausuraba la casa cada noche y, como un submarino, se iba sumergiendo en el invierno. Pues muy cerca de nosotros, de repente se acababa el mundo: al salir del patio hacia la izquierda, había unos doscientos metros hasta el final de la calle Amós, y de nuevo a la izquierda, unos trescientos metros más hasta la última casa de la calle Sofonías, y allí estaba el final de la carretera, el final de la ciudad y el final del mundo: a partir de allí sólo había pendientes rocosas en la densa oscuridad, desfiladeros, cuevas, montañas peladas, valles, pueblos de piedra azotados por la lluvia y la penumbra, Lifta, Shuafat, Bet Ikka, Bet Janina, Nebi Samuel.

Por tanto, todos los habitantes de Jerusalem se encerraban cada tarde en sus casas como nosotros y escribían: los profesores de Rehavia, los estudiosos de Talpiot, los eruditos de Bet Hakerem, los investigadores de Kiriath Shmuel, los poetas, los escritores, los ideólogos, los rabinos, los revolucionarios, los apocalípticos y los filósofos. Si no escribían libros, escribían artículos. Si no escribían artículos, componían rimas o todo tipo de fascículos, panfletos y folletos. Y si no escribían octavillas ilegales contra los ingleses, escribían cartas al director. O se escribían cartas unos a otros. Toda Jerusalem se pasaba las tardes inclinada sobre una hoja de papel, corrigiendo, borrando, escribiendo y puliendo: el tío Yosef y el señor Agnón, el uno frente al otro, a ambos lados del callejón de Talpiot. El abuelo Alexander y la Maestrazelda. El señor Zarhi y el señor Abramsky, el profesor Buber, el profesor Scholem y el profesor Bergman, el señor Toren, el señor Netanyahu y el señor Woislavsky, y quizás también mi madre. Mi padre investigaba y descubría motivos del sánscrito que habían penetrado en la épica nacional lituana. O la influencia homérica en la poesía bielorrusa. Como si desde nuestro pequeño submarino hiciera emerger por las noches un periscopio y mirara hacia Dantzig o Eslovaquia. Y también el vecino de la derecha, el señor Lemberg, estaba escribiendo sus memorias en idish, y seguramente también los vecinos de la izquierda, los Bijovsky, escribían cada tarde, y los Rosendorf, los vecinos de arriba, y los Stich, del edificio de enfrente. Sólo el monte, nuestro vecino de atrás, permanecía siempre mudo. No escribía ni una sola línea.

Los libros eran la fina mecha vital que unía nuestro submarino con el mundo exterior. Nos rodeaban las montañas, las cuevas y los desiertos, los ingleses, los

árabes, la resistencia, ráfagas de disparos en la noche, explosiones, emboscadas, detenciones, registros y un asfixiante terror ante lo que nos depararían los días siguientes. Entre todo eso se abría paso el fino tubo vital hacia el mundo verdadero: en el mundo verdadero estaban el lago y el bosque, la cabaña, el pastizal y la dehesa, y también el palacio con torreones, voladizos y tímpanos. Y estaba también el *foyer*, con abundante oro, terciopelo y cristal, iluminado con luces tan resplandecientes como el séptimo cielo.

Por aquellos años, como he dicho, esperaba crecer y convertirme en libro.

No en escritor, sino en libro. Por miedo.

Pues todo aquel cuyos familiares no habían llegado a Palestina tuvo que admitir finalmente que los alemanes los habían matado a todos. Había, en Jerusalem, un miedo que la gente se esforzaba en enterrar en lo más profundo de su pecho. Los tanques de Rommel casi habían llegado a Eretz Israel. Los aviones italianos habían bombardeado durante la guerra Tel Aviv y Haifa⁹⁰. Y quién sabe que más nos harían los británicos antes de irse. Y, después de su marcha, una multitud de árabes sedientos de sangre, millones de musulmanes exaltados, se alzarían y en unos cuantos días nos masacrarían a todos. No dejarían con vida ni a un solo niño.

Por supuesto los adultos se esforzaban en no hablar de ese terror en presencia de los niños. Y en cualquier caso, nunca en hebreo. Pero a veces se les escapaba alguna palabra. O alguien gritaba en sueños. Las casas eran pequeñas y opresivas como jaulas. Por la noche, después de apagar la luz, oía sus murmullos en la cocina mientras se tomaban un té con galletas, y podía captar palabras como Chelмно, nazis, Vilna, partisanos, *aktion*, campos de exterminio, trenes de la muerte, el tío David, la tía Malka y también el pequeño Daniel, el primo de mi edad.

De alguna forma el miedo te traspasaba: los niños de tu edad no siempre crecen. Muchas veces los matan en la cuna. O en la guardería. En la calle Nehemías a

⁹⁰ En el verano de 1940 las ciudades del Mandato Británico de Palestina fueron bombardeadas por las Potencias del Eje, los bombardeos italianos empezaron el mes de julio de 1940, y se concentraron en las ciudades costeras como Tel Aviv y Haifa, a pesar de que ciudades como Acre y Jaffa también sufrieron bombardeos. El Bombardeo italiano sobre Tel Aviv fue una acción militar llevada a cabo el 9 de setiembre de 1940, como parte de un esfuerzo de la Italia fascista para golpear a las fuerzas británicas desplegadas en Oriente Medio. El último bombardeo italiano tuvo lugar el mes de junio de 1941. La ciudad de Tel Aviv había sido fundada treinta años antes por los judíos sionistas.

un encuadernador de libros le ha dado un ataque de nervios, ha salido al balcón y ha empezado a gritar, judíos, sálvense, dense prisa, pronto nos quemarán a todos. El aire estaba saturado de terror. Y yo posiblemente había comprendido lo fácil que era matar a las personas.

Es cierto que no es difícil quemar los libros, pero a pesar de todo, si crecía y me convertía en libro, tenía la posibilidad de que un ejemplar perdido consiguiera salvarse, aquí o en otro país, en alguna ciudad, en alguna biblioteca remota, en el rincón de un estante olvidado por Dios: yo había visto con mis propios ojos cómo los libros consiguen esconderse, introducirse en la oscuridad del polvo entre tomos apretados, debajo de montones y montones de fascículos y revistas, y encontrar un escondite oscuro detrás de otros libros...